

¿Será preciso, también, que hagamos una explicación sobre la otra litografía que representa varios grupos en una de las calles del pueblo de Santanita, cuya iglesia se vé por encima de las chozas de paja, que forman la habitación de los indios, y las copas de los árboles ó los tallos de esa planta agreste y tristísima, que llaman *órgano*, por la semejanza que presenta con los tubos de los órganos de las iglesias?

¿Quién no conoce en el leperillo que fama con admirable desenfado un puro, al lacayo, á quien el conocimiento de las intrigas y recursos de la vida social, dan cierto aire de audacia y superioridad sobre sus compañeros?

Y en el otro, que lleva el zarape al hombro, ¿no veis al artesano modesto, cuyas manos encallecidas son su mejor adorno?

Las muchachas que están al lado con la enagua de castor ó de linón, rebozo de seda y zapatito de charol, apostaríamos algo á que son criadas de casa particular.

Todos están de fiesta, y olvidando la servidumbre y el trabajo, solo piensan en pasar el día contentos. Ya les brindan por ahí el apetitoso rábano, y la india desde la puerta de su choza, pregoná sus tamales y el pato cocido.

No tardarán en procurarse una *jaramita*, y el voluptuoso jarabe pondrá en movimiento á la alegre compañía.

Para la gente pobre de México, Santanita es el teatro obligado de sus fiestas y fandangos. La primer casita es el salón improvisado de baile, y en cuanto á la comida, nunca falta pato, tortillas en Chile, tlachiue, y una buena hambre, que es la mejor salsa.

¿Qué les importa á esos que ahora se divierten, trabajar una semana, un mes entero, si tienen un día todo suyo para el amor, para la libertad, para la dicha?.....

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

CONVENTO DE S. FRANCISCO.

Lo primero que llama la atención del viajero inteligente, en un país católico, son los templos elevados al Señor, porque ellos se presentan á su vista como el termómetro que revela de una manera inequívoca el estado de riqueza del suelo que visita; pues siendo proverbial esa no desmentida inclinación de los cristianos, á ceder parte de sus bienes para el mayor brillo del culto de aquel Supremo Hacedor á quien se confiesan deudores de todos los tesoros que poseen, la mayor ó menor magnificencia de sus iglesias, patentiza, sin otro examen, el grado de abundancia en que viven.

Recórrase la historia de la preponderancia y de las vicisitudes de las naciones católicas, y se verá, que en tanto que han marchado á la cumbre de su apogeo, la riqueza de los templos dedicados al Autor Supremo, ha sido incalculable, y debida á los cuantiosos donativos de ricos particulares, á la vez que en su decadencia han ido imprimiendo en el interior de esos mismos templos, el carácter melancólico que graba la pobreza en todos los objetos. Los templos son, en las naciones católicas, lo que la luna en el cielo: brillan, cuando va en creciente la fortuna de las segundas, y pierden su esplendor cuando llega la época de su menguante.

Las páginas de las distintas faces que presenta México en los vaivenes de fortuna que la han combatido, están escritas en esos suntuosos edificios levantados al Eterno. Penetrad en ellos y dirigid la vista á lo pasado, y los encontraréis cubiertos por todas partes de oro y plata, de riquísimos paramentos, de numerosas lámparas de los mas esquisitos metales, y ardiendo á todas horas en abundancia la blanca cera: deteneos á examinar lo presente y notaréis en el instante mismo la escasez de todo aquello que en otro tiempo formaba su principal riqueza; solo les queda á esos templos de su grandeza pasada, su magnificencia exterior, como al poderoso que ha perdido sus bienes de fortuna, le quedan los ricos trajes que revelan su anterior opulencia.

No es, pues, de extrañarse, que los españoles, católicos de corazón, benévulos por naturaleza y francos y desinteresados por principios, edificaran en la época feliz en que eran dueños de la mitad del mundo y en que les sonreía la fortuna, brindándoles con los tesoros de la tierra, los sorprendentes y maravillosos templos que hoy son el orgullo de México y el asombro de los viajeros que visitan esta populosa ciudad, entre los cuales merece llamar muy particularmente la atención, el espacioso convento de San Francisco, del cual vamos á ocuparnos en el presente artículo.

Emprendióse la construcción del grandioso templo de San Francisco el año de 1524, á los pocos meses de haber pisado la populosa capital del imperio de Moctezuma, los religiosos franciscanos Fr. Martín de Valencia y otros doce mas, los cuales, en tanto que se daba fin á la obra comenzada, vivieron dando ejemplo de virtud, en un convento que edificaron provisionalmente en la esquina de la calle conocida hoy con el nombre de Santa Teresa y del Reloj. Concluido aquel á expensas de D. Fernando Cortés, en cuyo corazón existían con igual fuerza el valor y el espíritu religioso, los padres se ocuparon en propagar la religión del Crucificado y

en derramar el consuelo entre los infelices indios, que los veían con un respeto y amor inexplicables. Pero aunque además del templo se edificó allí mismo otra iglesia para el uso de los religiosos, trascurridos algunos años se vió que no tenía la necesaria capacidad, por cuyo motivo se demolió, dando principio á la suntuosa iglesia que hoy admiramos, y que se terminó en 8 de Diciembre de 1716.

La fachada del magnífico templo que nos ocupa, y que es la que representa la presente litografía, es de orden mixto, y el espacioso átrio que lo hermosea y que está perfectamente enlosado, tiene por la parte que mira al Norte, esto es, por la entrada de la calle llamada de San Francisco, 94 varas, y por la que dá al Poniente 48.

El interior de la iglesia es admirable, ancho y espacioso: el altar mayor es de esquisito gusto, alto, y de gran capacidad su magnífico coro, y de sonoras voces el costoso órgano que lo embellece: una sola nave es la que cuenta; pero grandiosa y sorprendente, elevadísima y de esquisito gusto: los altares que á uno y otro lado de la iglesia se descubren, son de hechura sencilla, á la vez que agradable, y de gran mérito tres riquísimas capillas que en el interior de la misma iglesia se encuentran; una fabricada en 1629, á expensas del capitán D. Cristóbal de Zuleta, que se la dejó al consulado y que está dedicada á la Concepción de Nuestra Señora; otra consagrada á San Antonio, y construida en 1639, y la tercera, costeada por los españoles de la provincia de Rioja, y dedicada á Nuestra Señora de Balvanera.

Cada una de estas capillas, cuya arquitectura nada deja que desear al ojo inteligente y observador, puede considerarse como si una iglesia fuera, puesto que todas cuentan con puertas particulares de comunicación que dan al templo principal, á la vez que con los adornos y paramentos necesarios, y la última, con un costoso y sonoro órgano.

Esto es con respecto á lo que la iglesia principal, propiamente dicha, contiene; pero como en el nombre de Convento de San Francisco, se comprende cuanto dentro de su espacioso átrio existe, nos ocuparemos en describir las diferentes capillas que, separadas del cuerpo principal, se encuentran.

A mano derecha, entrando por la parte que mira al Norte, se halla la bien adornada capilla del Tercer Orden, consagrada al culto de María Santísima, y erigida en 8 de Noviembre de 1727: á la izquierda, la de Aranzazu, costeada por los vizcaínos y navarros, y edificada en 1688: en el fondo del átrio y con la vista al Poniente, se descubre la de los Servitas, consagrada al culto de los Dolores de María Santísima, en 18 de Noviembre de 1791, y al penetrar por la puerta del átrio que se halla al Poniente, se descubre, á la derecha, la del Señor San José, dedicada en 19 de Marzo de 1657, en la cual han fundado una célebre congregación los montañeses.

Todas estas capillas son de sumo costo, tienen confesonarios, magníficos altares, costosos órganos y bien construidos pulpitos.

Además de las espresadas capillas, hay otras interiores, dedicadas, una á la milagrosa imagen de María Santísima de la Macana, que está en el noviciado; otra en la habitación de los RR. PP. provinciales, dedicada á San Antonio por el R. P. Fr. Pedro de Navarrete, comisario general de estas provincias, y la última, en la enfermería; componiendo todas, inclusa la Santa Escuela, de que no hemos hecho mención, el número de 11 capillas, que pueden rivalizar con muchas de las que en otras ciudades pasan por elegantes iglesias.

Los claustros de un templo tan sorprendente, son grandes y cómodos; las celdas numerosas y de elevados techos; su construcción sólida y magestuosa; las paredes están, en el interior de la iglesia, cubiertas de colorados cuadros pintados al óleo, algunos de los cuales encierran un mérito artístico reconocido por los inteligentes; y en el anchuroso átrio enlosado, como llevamos dicho, de un extremo al otro, y al cual se entra por dos elevadas puertas de hierro, primorosamente trabajadas, se ven colocadas las estaciones, para que la numerosa concurrencia, que suele asistir el jueves y viernes santo, pueda rezar con toda comodidad el Via-Crucis.

El espacio que ocupa todo el edificio por la parte que mira al Poniente,

es de 152 varas, y por la del Norte 112, contando en la primera 47 ventanas con rejas de hierro; 5 espaciosas piezas que se alquilan á varios artesanos, que tienen en ellas obradores; un hermoso jardín, y la puerta que dá entrada al ancho patio del convento, y que generalmente suele servir de cuartel cuando hay gran número de tropas en la capital.

El costo de todo el edificio está calculado en 1,200,000 duros, cantidad considerable, dada voluntariamente por los particulares, y que prueba, como al principio dijimos, el estado de riqueza y preponderancia en que los individuos de este privilegiado suelo vivían.

La riqueza, unida á la filantropía, elevaba por todas partes casas de beneficencia, colegios y suntuosos templos, que hoy admiramos con profundo respeto y llenos del mas admirable asombro, y pronto llegó á trasformarse la capital de los antiguos aztecas, en una de las ciudades mas hermosas del Nuevo-Mundo; hermosura que ha ido en aumento de día en día, á pesar de las continuas revoluciones que han servido de obstáculo á la marcha de la industria, de las ciencias y del bienestar social.

NICETO DE ZAMACOIS.

EL PASEO DE LA VIGA.

Nuestros lectores conocen ya el paseo de Bucareli, paseo de la aristocracia, en donde el extranjero que visita la capital, puede formarse una idea exacta del lujo de sus habitantes, al contemplar la doble hilera de ricos y elegantes carruajes, que recorren lentamente el espacio que media entre la plaza de toros y la fuente principal; ahora verán el paseo popular por excelencia, el sitio que aman los pobres, el lugar de recreo, á donde concurre desde el empleado que se avergüenza de ir en coche de alquiler á Bucareli, hasta el jovial y fandanguero lépero, que en compañía nada santa de una ó dos chinmas, va á gastar en una tarde el producto de una semana entera de trabajo.

El paseo de la Viga, es una de las primeras cosas, despues del caballito de Troya (alias) Carlos IV, que van á visitar los fueñeros que aciertan á venir á esta Babilonia que llaman México. Es que, el paseo de la Viga, es al propio tiempo un lugar de recreo y un recuerdo; un recuerdo de la antigua Tenochtitlán, sureada de canales, como la reina del Adriático, y como ella también poderosa, rica é independiente, antes de que vinieran las huestes castellanas con el cristo en una mano y la espada en la otra, á conquistar estas comarcas.

El canal de la Viga, que une los dos grandes lagos del Valle de México, atravesando una parte de la ciudad, es en efecto todo lo que nos queda de aquellas grandes y numerosas acequias, donde habia jardines flotantes que formaban las calles de la antigua México; esta ciudad, que puede decirse, brotó de enmedio de las aguas como la Venus de la fábula, hermosa como ella para reclinar en las alfombras de esmeralda que le ofrece su fértil campiña.

Hubo un tiempo en que todo el Valle de México era un inmenso lago que servía tan solo de espejo á las pasajeras nubes; la industria del hombre y la mano de Dios, conquistaron el terreno poco á poco, y las aguas se retiraron hasta reducirse á esos lagos de Texcoco y de Chalco, que hoy se miran desde nuestras torres como una cinta de plata al pié de las colinas que forman nuestro horizonte. Bien, es cierto que el lecho de esos lagos está, con muy corta diferencia, casi al nivel de México, y que puede venir un día en que las aguas recobren con ímpetu su antiguo dominio; pero ¿qué importa el peligro á esa multitud que corre ansiosa á gozar? En esta vida que recorremos, ¿no hay siempre un abismo bajo nuestras plantas? ¿No es esta misma inseguridad la que presta un poco de atractivo á nuestros placeres? Y luego, bien pudiera suceder que el arte desecase esos lagos: la agricultura ganaría; ganaría la salubridad pública; pero perderíamos ese paseo tan bello y tan poético.....

Porque efectivamente, el paseo de la Viga es muy hermoso, y sin disputa el mas animado de la capital: á Bucareli va la gente de tono por cos-

tumbre, y á lucir sus ricos trenes; á la Alameda los que buscan la calma, el silencio, la sombra; á la Viga, acude el pueblo, el pueblo amigo del ruido, del movimiento y de las sensaciones.

Mirad! el artista, mas afortunado que nosotros, ha sabido trazar con su lápiz todo un cuadro de costumbres, que se abraza con una sola mirada; ha escogido el instante de mayor animación y lo ha fijado en su lienzo. Contemplad con atención esa bellísima litografía, y os parecerá oír el zumbido de la multitud que se agita como un inmenso enjambre de abejas!... Para describir ese cuadro, nos seria preciso ocupar muchas páginas; habria que hacer la historia de cada grupo, de cada objeto, y ¿no seria este un trabajo inútil cuando ese dibujo rebosa verdad, cuando se comprende y se adivina?.....

Era una tarde del mes de Abril, porque este paseo tiene su época determinada; comienza el miércoles de ceniza y termina el jueves de la Ascension del Señor. El cielo estaba limpio y sereno, y el sol al declinar hacia el occidente, bañaba la campiña con sus rayos, que al filtrarse por entre la rama de los árboles, parecían una lluvia de oro.

De las cinco á las seis de la tarde, el paseo llega á su mayor grado de animación: los coches y la gente de á caballo, recorren la calzada que se estiende á la derecha del canal. Los carruajes siguen una línea; pero los ginetes gozan de toda libertad: allí se admiran los hermosos caballos, llenos de fuego y de brio, que caracolean y se agitan; allí luce la habilidad y fuerza del que los monta, ora vista frac á la inglesa, ora luza el rico y pintoresco traje del ranchero; pues en México generalmente todos saben montar perfectamente.

La multitud pedestre se agolpa al borde del canal, en donde hay bancas de piedra. Allí se sientan el papá y la mamá con toda la familia; allí se refugian todos los que componen esa clase media vergonzante que no va en coche, ni á caballo, ni quiere mezclarse con el pueblo!

En cuanto á éste, su placer, su delirio, es embarcarse, tomar un lugar en alguna de esas inmensas canoas que se deslizan lentamente sobre el agua, al son de la música de cuerda, y estremeciéndose con el movimiento de los que bailan.

El muelle ó embarcadero, es un lugar de confusión, una torre de Babel, en donde se mezclan y se confunden los gritos del robusto pulquero, que al lado de sus barriles pregoná su vendimia, los del indio que busca pasajeros para su canoa, á dos por medio real, los de los fruteros, los dulceros, los gritos de júbilo de la multitud, las incitadoras armonías del jarabe....

Se acerca una canoa: hombres, mujeres, niños, todos se precipitan, y en menos de un minuto la embarcación está ocupada por una multitud compacta, que no puede ni aun moverse; todos tienen que ir en pié, no hay